

esta arma para el último recurso de dilacion, introduciendo en el Papa la desconfianza, y aumentando los temores que son tan propios de su genio. He hablado con el Cardenal de Zelada, quien antes de su despacho del lunes próximo se pondrá de acuerdo conmigo para batir al Santo Padre, y creo que lo hará con eficacia. También lo hará el Cardenal Bernis, con quien igualmente he hablado; y este ministro opina que Giraud es quien habrá movido esta máquina, por los antecedentes que tiene de su espíritu intrigante y de sus ideas. Mañana, que debe buscarme el confesor de su Santidad, hablaré con él y le dispondré, siendo mi dictámen y el de Bernis que absolutamente conviene usar del tono alto y fiero, en que no me descuidaré, pues, así como este medio nos ha conducido al estado en que nos hallamos, debe ser el que nos saque de la última jornada. Separadamente estrecharé al Cardenal Negroni á que se concluya la extension de los breves, y vuestra excelencia puede estar seguro de que, en cuanto penda de mis fuerzas, nada omitiré para terminar este negocio fastidioso y molesto, y evitar que seamos burlados de estas gentes.»

Confidencialmente decia Moñino á su jefe que necesitaba de toda la asistencia de Dios para no desbarrar, y que esperaba ganar la palma del martirio, si permanecía mucho en Roma. Al padre Buontempi atacó tan de firme sobre lo de Aviñon y Benevento, que le hizo exclamar con vehementísimo arranque: *¡Pluguiera á Dios que nunca hubiera nacido san Ignacio!* Aun logrando que desistiera el Papa de la prévia restitucion de Aviñon y de Benevento, en la audiencia del 7 de Junio hallóse con que iba á ocupar ciertos efectos y papeles de los jesuitas de Urbino, de Fermo y de Ferrara, antes de dar el paso postrero; sobre lo cual llegaron las alteraciones á un punto muy alto, y su Santidad le hubo de sufrir las expresiones más ardientes y vigorosas, no replicando Clemente XIV sino que sólo podia poner su buena fe en duda á causa de estar hipocondriaco. Poco más ó ménos para el 4 de Julio, en que se cumplia un año de la llegada de Moñino á la capital romana, le ofreció que sus deseos llegarían á colmo. Ni por haberle fiado el arduo encargo de correr personalmente con la impresion del breve, que se hizo dentro del mismo palacio de España, sin que se trasluciera cosa alguna, se aquietaba el espíritu de Moñino; y así al Marqués de Tanucci dirigia estas frases: «Aun he tenido necesidad de descargar mi arcabuz, cargado con la conocida metralla, y temo que sea menester otra descarga, pues á cada paso nace un tropiezo.» Por fin, á 21 de Julio de 1773 firmó Clemente XIV el breve de extincion de los jesuitas. Con ocho dias de posterioridad escribia Moñino al Marqués de Grimaldi: «Acaba de estar conmigo el padre Buontempi, y me ha dicho que su majestad puede publicar y mandar ejemplares á todas las córtes que quiera, puesto que nada falta sino aguardar los dias proporcionados al arreglo material de estas cosas, y á que nuestro correo esté cerca de Madrid... Yo no retardaría divulgar la especie, y á este fin acompaño algun número de ejemplares.» Hasta el 16 de Agosto no se comunicó á los jesuitas la extincion total de su instituto. A tenor de idea concebida por don José Moñino, tan luego como fué conocida la providencia, el infante Duque de Parma solicitaba testimonios de gratitud de los príncipes de su familia hácia el Padre Santo, y algo despues Francia y Nápoles restituían los territorios de Aviñon y de Benevento. Portugal celebraba la extincion de la Compañía de Jesus con *Te Deum* y luminarias; España, por iniciativa y direccion de su venerado y querido rey, habia hecho sentir su influencia y se gloriaba del triunfo. Todos los demas estados católicos se sometieron dóciles á lo mandado. Protegidos por una emperatriz cismática y un monarca hereje, en Rusia y Prusia desobedecieron los jesuitas al Papa, mientras le infamaron otros con libelos, dados principalmente á luz en Colonia y Friburgo, ó hicieron por acreditar presagios siniestros en su contra.

No se concibe figura diplomática más brillante que la de Moñino al dar impulso á negociacion tan espinosa por esencia, y atollada ademas entre regiros dilatorios, y al conseguir su feliz término á fuerza de solicitud inteligente y fecunda en arbitrios para allanar los tropiezos y desvanecer los reparos. Necesariamente habia de patentizar un monarca tan justificado como Carlos III cuán satisfecho estaba de la conducta de su ministro en Roma, y así fué su voluntad elevarle á título de Castilla, y que el Marqués de Grimaldi lo pusiera en conocimiento del interesado, quien dió la siguiente respuesta el dia 23 de Setiembre: «En lo que toca á la denominacion del título con que el Rey quiere honrarme, me parece tomarlo de un pedazo de tierra que posee mi casa, llamado FLORIDABLANCA; en esto me acomodo á lo que tal vez agrada á los míos. Á mí me bastará la denominacion de conde; soy poco versado en estas cosas.» Todo se hizo á tenor de su gusto.

Casi un año transcurrió desde la extincion de los jesuitas sin que se resintieran la salud ni el buen humor del Papa. Al regresar el 28 de Octubre de 1773 de la jornada de Castel-Gandolfo, le recibia la multitud con aclamaciones, y su salud era perfecta y su humor alegre aun más que de cos-

tumbre. Despues de anunciar, en el consistorio de 14 de Enero de 1774, la restitucion de Aviñon y de Benevento, gozoso iba á su convento de los Santos Apóstoles á entonar el *Te Deum* en accion de gracias; tras de celebrar al dia siguiente igual fausto suceso en el Vaticano, se le vió llevar á los cardenales Bernis y Orsini dentro de su carroza, por muestra de cabal armonia entre la Santa Sede y los monarcas. Por Febrero, segun testimonio de nuestro agente de preces, ya ni se hablaba de jesuitas en Roma. Antes de espirar Marzo, y doliéndose de la temprana muerte del primogénito del Príncipe de Asturias, de quien Clemente XIV fué padrino, FLORIDABLANCA escribia á su jefe: «En la audiencia del domingo 20 di cuenta al Santo Padre de la enfermedad del Infante, templada con la consideracion de que esperábamos su restablecimiento. Su Beatitud oyó tranquilamente esta novedad, y me dijo que le encomendaria á Dios en aquel sitio, señalándome su capilla privada, en que dice misa todos los dias. Me añadió que, así como habia esperado y tenido viva fe en que saliese á luz el dia de San José de Copertino, de quien su Santidad era especial devoto, como se verificó, fiaba en la voluntad de Dios que no se malograra ahora el fruto. La mañana de ayer miércoles á las nueve me hallé con el papel adjunto del Cardenal de Zelada, en que refiere la inquietud y afliccion en que habia hallado al Papa la noche del miércoles, por la enfermedad de su alteza, y el encargo que le hizo de avisar lo que trajere el correo sobre este importante punto. Lo que yo noto ahora es que el correo no llegó hasta ayer á la seis y media de la tarde. ¿Quién, pues, puso al Papa en aquella afliccion el dia miércoles, en que no habia noticia alguna, y quién le alteró la serenidad y esperanza manifestadas en la noche del domingo? Sé que su Santidad confia sus ahogos á personas de virtud extraordinaria, y aunque no soy devoto, y me contentaria con ser buen cristiano, concibo que la Providencia tiene canales que no conocemos, y que estos mismos pueden servir para consolarnos con nueva sucesion.» De resultas de haber cogido al Padre Santo un terrible aguacero, sin que experimentase novedad alguna, por el mes de Abril escribia Azara que *estaba más fuerte que una carasea*. No se efectuó la evacuacion de Aviñon por los franceses hasta el mes de Mayo, y la noticia produjo suma alegría al Papa. FLORIDABLANCA decia el 16 de Junio: «Aquí no hay novedad, y la que habian intentado esparcir de que el Papa no estaba bueno, se ha desvanecido, pues todo su mal se ha reducido á una pequeña fluxion á la boca.» Luego de noticiar que su Santidad habia suspendido los despachos y las audiencias, segun costumbre, para tomar baños, nuestro ministro escribia el 21 de Julio en esta forma: «Entre tanto aquí se prenden profetas y esparcidores de profecias. La supersticion que reina entre los fanáticos, incluso muchos de nacimiento y dignidad, esperaba el 16 de éste una gran desgracia que amenazaba á la vida del Papa. Gracias á Dios, hemos salido de aquel dia sin el cumplimiento de estos vaticinios. Yo pondria mucha de esta gente en la casa de locos. Sin embargo, hacen el gran daño de calentar la imaginacion de los ignorantes y perdidos, con riesgo de exponerlos á un disparate.» En billete muy afectuoso, de su letra y fechado el 28 de Julio, se excusaba el Sumo Pontífice con Bernis de asistir á los funerales de Luis XV por lo excesivo de los calores y la severidad del régimen á que estaba sujeto. Como especial merced recibió privadamente á FLORIDABLANCA la noche del 21 de Agosto, para manifestar su gratitud por el planteamiento del breve relativo á la instalacion del tribunal de la Rota de la nunciatura, á fin de que se fenecieran todos los pleitos en España. Nuestro ministro expresó así en su despacho: «Hallé al Papa flaco, torpe y sin la vivacidad y alegría que le es genial; se me quejó de un dolor en las rodillas, y en su semblante noté una suspension extraordinaria; me dijo que en estos últimos dias le habia venido la exfogacion al cuerpo y pecho... En el discurso de su conversacion, que duró poco más de hora y cuarto, se animó el Santo Padre y recobró parte de su alegría, contando con gracia algunos chistes. Me encargó que dijese á Bernis si queria ir la noche siguiente de secreto y sin ceremonia, y así lo hizo, hallándole en la misma situacion que yo. Uno y otro hemos creido que su Beatitud padece en el físico algo que le debilita, y en el moral convinimos que le ha entrado el temor y la aprension de que le pueden asesinar, por más que lo disimule y haga el papel de hombre fuerte. Yo mismo observé, cuando le di cuenta del suceso del pescador de Nápoles, que le habia hecho una impresion extraordinaria, y acaso aquella noticia, unida á las de las demas profecias y libelos, le han herido la imaginacion y causado alguna ruina. Hemos procurado por todos caminos fortificarle y consolarle, haciéndole ver que el veneno que le han dado y dan sus enemigos es el de la aprension que le procuran introducir con arte, y que es demasiado feliz en tener en su mano el preservativo de este veneno, que consiste en el desprecio.» Por vez postrera vió á fines de Agosto á Clemente XIV el CONDE DE FLORIDABLANCA, y en su despacho de 1.º de Setiembre hay este pasaje: «La salud del Papa, que es el punto importante del dia, me dió grandísimo cuidado el domingo por la noche,

porque hallé á su Santidad con una debilidad y postracion de fuerzas tal, que temí una ruina inminente. Sin embargo, el lunes siguiente experimentó el Santo Padre una gran mejoría, de modo que hizo su acostumbrado ejercicio, comió y bebió muy bien, y el Cardenal de Bernis me aseguró haber visto el mismo lunes por la noche un hombre distinto del que habia encontrado el lunes precedente. Continúa, segun noticias, esta mejoría, y si no hay otra novedad, esta semana abrirá el Santo Padre el despacho y audiencias de todos sus ministros. Sin embargo, hablamos y acordamos Bernis y yo sobre la necesidad de estimular al Papa á que declare la promocion que tiene *in pectore*, para formar un competente partido en caso de cónclave, pues la baraja con que nos hallamos tiene pocas cartas buenas con que jugar. Yo hago y haré todo lo posible en esta materia.»

Clemente XIV bajó al sepulcro el 22 de Setiembre, sin declarar la promocion de cardenales, y otra vez tuvo que desplegar FLORIDABLANCA las dotes de su inteligencia privilegiada y de su gran celo para que no se malograra el fruto de la negociacion ardua que habia llevado á dichoso remate. Insuficientes le parecieron las exclusivas de las coronas y votos, pues la primera sólo alcanzaria á evitar que se ciñera la tiara uno ú otro purpurado, y para que fuera eficaz la segunda se requeria tener siempre á favor más de la tercera parte de electores, y así hubo de recurrir á otro arbitrio, de sólido fundamento, aunque atrevido en grado sumo. Segun halló en cánones antiguos y bulas primitivas, á la eleccion de prelados, y señaladamente de papas, debia concurrir el consentimiento del pueblo; por tanto dijo vigorosa y resueltamente que, siendo los monarcas legítimos representantes del pueblo cristiano, su consentimiento debia acceder ó preceder á la eleccion de papa, y que sin este requisito se exponian los cardenales á una nulidad redonda, la Iglesia á un cisma, y Roma á mil desastres en las circunstancias de obstinacion y de encono de los partidos. Su enérgico temple, su activísima diligencia y su sagacidad maravillosa lograron que todo el Saero Colegio adoptara la máxima de concertar entre purpurados y embajadores los sujetos elegibles y propios á conservar la quietud y armonia de la Santa Sede y los soberanos. No siendo posible hacer que recayera la eleccion en persona adicta á las córtes, sin más que la tercera parte de votos, mantenida á costa de grandes afanes, se hubo de resolver FLORIDABLANCA á fijar los ojos en uno del opuesto bando, que, por sus circunstancias personales, y por la noticia ó conocimiento de deber su eleccion á España, la mirara favorablemente en lo que permitiera la justicia. Trato habia tenido con el Cardenal Ángel Braschi en materias de oficio y de confianza, y le consideraba de genio franco, de fidelidad suma en el cumplimiento de las promesas, de erudicion y máximas superiores á las de los inmunistas ordinarios, y tras de hacer que explorara su ánimo un cardenal adicto á las coronas, por los informes adquiridos, no vaciló en exponer á Carlos III la necesidad absoluta de elevarle al pontificado, para salir del cónclave con utilidad y decoro. Plena aprobacion tuvo su pensamiento, y así le cupo la gloria de que se pusieran en sus manos los representantes de las coronas y los cardenales, y de que por su influjo ocupara Pio VI el 15 de Febrero de 1775 la Santa Sede. Cuando la salud de Clemente XIV iba á ménos de instante en instante, FLORIDABLANCA decia terminantemente: «No veo sucesor, que nos pueda llenar de mil leguas; hablo de los que tendrán proporcion para ser elegidos... Verdaderamente habria mucho que pensar para hallar un sucesor prudente, pacífico y afecto á las coronas.» Al mes de elegido el nuevo papa, y manifestando que, al preferirle sobre todos, se habia propuesto los tres objetos principales de asegurar la supresion de los jesuitas, poner á cubierto las regalías combatidas, y procurar que condescendiera á las instancias prudentes de las córtes, y particularmente de la de España, su lenguaje era en esta forma: «Sin faltar á los estímulos de la propia conciencia, no puedo hasta ahora quejarme del Papa.» Un año era transcurrido, y tan normal era la situacion como revelan estas palabras suyas: «En Roma no queda pendiente cosa grave.»

Mejor que de fiscal se hallaba FLORIDABLANCA de ministro español en Roma; poco despues de la extincion de los jesuitas, de su voluntad fué acto exclusivo no ascender á Gobernador del Consejo; mas, como formase propósito de renunciar á la golilla, se le habia radicado en la diplomacia á medida de su deseo, con lo necesario para sostener el tren y esplendor correspondientes, pues del Rey salia naturalmente el gasto, no poseyendo caudal propio. Un grave disgusto causóle don José Nicolas de Azara, quien escribió el 28 de Abril de 1774 al ministro don Manuel de Roda: «Medio de rebozo corre por aquí una estampa, mandada hacer por gentes que usted conoce... la incluyo. Verá usted en ella que, despues de agotar el diccionario del incienso para *cierto sujeto*, apénas, apénas se deja al Rey el honor de ser principal de su criado, y esto como de limosna. No digo nada de los otros reyes, ni de todos los ministros y embajadores del mundo, que, como usted verá, son unos pobres hombres, que, si quieren saber algo, han de venir á la escuela de este modelo. Zelada ha catiplado

en esto, y el principal enseña la estampa como una reliquia. Yo me esconderia en una letrina, ántes que verme elogiado así.» Acerca de este chisme, FLORIDABLANCA decia á Grimaldí el 16 de Junio: «Cuando yo fuese tan ruin, que procurase fabricarme tales panegíricos desmesurados, creo no tener adquirida la opinion de majadero ó de tonto; y ciertamente lo seria disponiendo una estampa que aumentase necesariamente el número de mis émulos y envidiosos, y excitase los celos de todos estos ministros, que han ayudado á la extincion, exponiéndome á enajenar sus ánimos y á perder el fruto de la intimidad que he establecido con ellos. Por otra parte, vengo á cargar con todo el odio de los jesuitas, sus protectores y terciarios, y este partido es muy poderoso y temible, como yo sé mejor que otro, para echarlo todo sobre las espaldas... Me conocen poco los mismos que tal vez me venden al mismo tiempo que afectan tratarme con amistad. Vuestra excelencia, de cuya honestidad tengo el más alto concepto, se servirá defenderme, si tuviere algo de verdad la especie, y poniéndome á los piés del Rey, se dignará hacerle presente que sólo anhelo asegurar su real gracia y buena opinion de mi fidelidad y celo.» Muy cuesta arriba se hacia á FLORIDABLANCA dar á Azara por divulgador de la especiota; cuando ya no tuvo duda ninguna, se manifestó propicio á sacrificar su amor propio y perdonar la ofensa, no por ser rigorista, ni tener hecho voto de perfecto, sino porque, para usar de humanidad y caridad con el prójimo, le bastaba ser hombre y cristiano. De no hallarse un año despues el agente de preces con licencia en España, tambien chismeára á su modo sobre haber asistido FLORIDABLANCA á un concierto, en que se repartió cierta serenata, compuesta en elogio suyo por los hermanos Gagliardis, como testimonio de gratitud á recientes favores; y quizá omitiera que, puesto el Conde en la situacion ridícula de presenciarse sus propias alabanzas, y conociendo el abuso que hacian sus émulos de inocentada semejante, no tuvo más arbitrio que llamar á los autores de la música y letra, y reconvenirles acremente y delante de todos; tras de lo cual, se retiró de allí con enfado.

Á principios de 1776 mortificó sobremanera á FLORIDABLANCA una rabotada furiosa de fray Joaquín Eleta, en groserísima carta, donde se mostraba exasperado, á causa de que la concesion de la octava del Córpus se hubiese hecho en tenue rescripto, y no por bula y cerrada y de precepto, cual la de Reyes y otras. Por este tono fué el lenguaje de aquel fraile gilto: «Yo le aseguro que no habrá sudado usia gotas de sangre... Cuando el Rey me mandó escribir á usia sobre este asunto, le anuncié lo mismo que yo me recelaba y ahora veo prácticamente; esto es, se me manda pedir por propuesta del confesor, pues tanto basta para que no se vea perfectamente cumplida la voluntad del Rey. Si usia conserva aquella mi carta, verá en ella cómo yo justamente recelaba que sucediese en esto lo mismo que con la causa de la venerable Ágreda; pues, con haber asegurado que el Rey no se interesa en ella, y que sólo es empeño del confesor, está arrimada esta causa, y usia mano sobre mano, saliendo tantas falsedades contra ella en *Mercurios y Gacetas*, y sin dar paso á la orden que tuvo usia del Rey en los últimos dias del papa Clemente XIV. Bien conozco que usia se reirá de todo esto; pero Dios es grande, y yo quedo más que plenamente satisfecho con el premio que espero conseguir de la divina Majestad por lo que intento á honra y gloria suya y de su purísima Madre, aunque no lo consiga; pues el Señor no dejará de premiarme mis buenos deseos y súplicas, con que le pido guarde á usia muchos años.»—Textualmente insertó FLORIDABLANCA la carta del padre confesor en su respuesta comedida y explicatoria de haberse concedido el rescripto de la mencionada octava por via de indulto, segun se hacia siempre cuando se referia á una nacion, y no á la Iglesia toda, y que cerrada era para todas las festividades, ménos la de san Juan y san Pedro, cuya excepcion tenian los privilegios más fuertes en este punto; además prometia al confesor pedir la bula por la secretaria de breves. Sobre la causa de la madre Ágreda expuso que la real orden fué cumplida tan luégo como llegó á sus manos, y hasta obtuvo que un gacetero florentino se retractara de la especie de estar fenecida con el silencio la tal causa. Luégo de poner de manifiesto que podria errar ó no ser feliz en los negocios, pero que nunca habia dejado de cumplir las órdenes del Soberano, por conclusion trazó estas sentidas palabras: «Pido ahora encarecidamente que, con la tranquilidad de ánimo que corresponde á su gran carácter, compare estos hechos con el contexto de su carta, y que, considerando usia ilustrísima la representacion que ejerzo, bien que sin mérito alguno, de la real persona de su majestad, decida si merezco las expresiones con que soy tratado.»—Algun desahogo necesitaba FLORIDABLANCA, y lo tuvo con su jefe, en la siguiente forma: «Vea vuestra excelencia esa copia de respuesta que doy al confesor, en que se incluye la carta que me ha escrito sobre octava del Córpus y madre Ágreda. Aseguro á vuestra excelencia que ha sido menester un auxilio particular de Dios para no destemplarme; pero su voluntad ha querido que yo tenga la moderacion que era más propia de un sacerdote, religioso y obispo... Lo que puedo decir del estilo del confesor es, que sin

motivo le han irritado extraordinariamente contra mí; y cuando me falta aún á las leyes de la buena crianza tan descubiertamente, no puedo lisonjearme que deje de contribuir á destruirme siempre que halle la ocasion. Esta zozobra continua no me hará variar el propósito de servir al Rey con todas mis fuerzas; pero, á pesar de todo, puede la humanidad quebrantarme en algun lance por una de aquellas fatalidades inseparables de la condicion humana. ¿Por qué, pues, dejarme expuesto á estas contingencias?... Yo no pretendo que se haga nada al confesor, pues le perdono de corazon el error en que le han metido, y concibo que el remedio sería peor que la enfermedad. Sólo pido una cosa, en caso que su majestad no piense más prudente retirarme, como yo entiendo, para trabajar por otra via en su real servicio, y es, que se tengan siempre á la vista, en cualquier acusacion que se me haga, las peligrosas enemistades que me han adquirido los negocios, y la razon con que debo desear se me comunique cualquier sospecha para dar explicacion; aunque lo mejor me pareceria siempre poner aquí persona nueva.»

Todas las aspiraciones de FLORIDABLANCA por entónces se reducian á venir á su plaza del Consejo de Castilla con cédula de preeminencias, como las que se daban á los ministros viejos y achacosos. Por de pronto el Marqués de Grimaldi templó el arrebato de la grave desazon padecida; á los pocos meses le avisó que estaba elegido por Carlos III para ocupar la secretaría del despacho universal de Estado. Su nombramiento le produjo natural sorpresa, y movió su alma á los sentimientos de amor, gratitud y ternura, á la par que le afligió la ninguna proporcion de sus fuerzas para el nuevo empleo; y sin hacer el hipócrita, rogó á su protector constante que le pusiera á los piés del Rey, y le anticipara las excusas por los errores involuntarios en que incurriera de seguro.

III.

Difícilmente se puede hoy concebir que un cambio ministerial era suceso de bulto, y aún especie de fenómeno por entónces. Desde el año de 1762 figuraba el Marqués de Grimaldi al frente de la secretaría de Estado, tras de negociar, como embajador en Paris, el funesto pacto de familia. Alguna demostracion popular hubo en su contra, por la calidad de extranjero, al tiempo del motin de Esquilache. De español eran sus procederes, y así la ojeriza tuvo carácter de transitoria. Su crédito experimentó vaiven grande con motivo de la cuestion suscitada por Inglaterra, al ocupar el capitán general de Buenos Aires las islas Maluinas, que aquella nacion llamaba de Falkland, y tenía por suyas. Aun presidia el Conde de Aranda el Consejo de Castilla y regia las armas de Castilla la Nueva, y por la guerra inmediata opinó en luminosísimos informes; Grimaldi se sobrepuso á su influencia, dando tan mal sesgo al asunto, que la desaprobacion oficial del Capitan General fué un hecho. De las desavenencias entre Aranda y Grimaldi se derivaron los partidos opuestos de *aragoneses* y *gozillitas*; sin duda tomaron el nombre de la patria de Aranda y del epíteto que solia dar á los fiscales, como en despique de que á menudo le coartaran las prerogativas, con apoyo de las prácticas y de las leyes; pero sustancialmente entre el poder civil y el militar era la pronunciadísima lucha. De ella salió Grimaldi victorioso, pues se deshizo de Aranda, que á Paris fué en clase de embajador, á los siete años de ser traído de la capitanía general de Valencia á Madrid con las más elevadas funciones. Trascendental fué á la opinion de Grimaldi la desgraciada expedicion á Argel del año de 1775 en sumo grado, y casi toda la responsabilidad se le echó encima. No le eran adictos sus compañeros; tambien le achacaron sus enemigos la publicacion de la pragmática de matrimonios desiguales, por cuya virtud el infante don Luis fué esposo de doña Maria Teresa Vallabriga, y que pareció novedad censurable y aún dolorosa. Bajo todos conceptos eran los ánimos hostiles al Ministro de Estado. Durante la jornada de San Ildefonso de 1776, se le acrecentaron los desabrimientos, no pasando día sin que le llegaran papeles anónimos y llenos de insultos y amenazas; su casa de Madrid quisieron incendiar una noche; cuantas sátiras salieron sobre la expedicion de Argel iban á parar á sus manos; todas las mañanas aparecian pasquines en su contra. Por más que aparentara serenidad de espíritu á los principios, sin fuerza ya para disimulos, hasta en el semblante se le conocian las desazones.— *Esto ya es menester dejarlo... Estoy firmemente resuelto á dejar el ministerio y á retirarme á Roma, porque creo que allí he de vivir aún diez ó doce años*; frases eran éstas que repetia á menudo en el seno de la confianza. Un incidente de ninguna significacion esencial vino á producir el final desenlace. Como protector de la Academia de Nobles Artes de San Fernando, Grimaldi extendió el nombramiento de persona tan idónea como don Antonio Ponz, en calidad de secretario;

pero la corporacion ofendióse de que se hubiera hecho sin propuesta suya; y esto dió margen á contestaciones y réplicas muy vivas, y campo de oposicion violentísima proporcionaron las juntas, á que asistieron con desusada puntualidad y como consiliarios muchos grandes de España, deliberadamente unidos para atizar el fuego de la discordia. Ya entónces resolvióse Grimaldi á abandonar su puesto, y de modo, que Carlos III le hubo de admitir la renuncia con mucho sentimiento, quedando muy satisfecho de sus servicios, y haciéndoselo ver al mundo del modo que estaba á su alcance, pues nombróle embajador en la córte romana.

Hasta en la caída salió Grimaldi victorioso de sus enemigos, con obtener que FLORIDABLANCA le sucediera en el mando, como su legítima hechura. Sin haberle visto en la vida, ni conocerle más que por sus producciones impresas y su bien ganado renombre, se le propuso al Monarca, para que lograra de Clemente XIV la extincion de los jesuitas; despues influyó muy espontáneamente en que se le hicieran galardones, y siempre le mantuvo á salvo de las malas voluntades, que tiraron á perderle en la gracia del Soberano. Por entendidos se dieron los contrarios del ministro saliente de que le debía su ascenso el entrante. Una sátira circuló titulada: *Junta anual general de la sociedad anti-hispana, celebrada el dia de Inocentes de 1776, y fin de fiesta en el cuarto del Marqués de Grimaldi*; y en su boca poníase allí el siguiente pasaje:

Pero no les salió como pensaban,
Porque les he pegado el gran petardo
De deshacer sus máquinas é intrigas,
Poniendo en mi lugar un hombre bajo,
De corazon torcido, y tan perverso,
Que aparenta candor y encubre rayos.

Generalmente fué aplaudidísima la elevacion del CONDE DE FLORIDABLANCA al ministerio, por la reputacion grande que se habia adquirido de fino tacto y capacidad suma en todos los negocios fiados á su desempeño. Cabeza del partido aragones era el Conde de Aranda; como sucesor de Grimaldi, se le habia designado en conversaciones y hasta en pasquines; sin embargo, á FLORIDABLANCA felicitó de seguida, con la marcial franqueza y característico desenfado que resultan de carta suya, fechada en Paris el 25 de Noviembre: «Vaya ésta á la suerte de hallar ó no á usía ilustrísima aún en Roma, de donde se la enviarán, si acaso hubiese ya salido para la nueva silla que trueca. Por el último ordinario he tenido aviso de oficio de la nominacion de usía ilustrísima para la secretaría de Estado. Si le doy la enhorabuena, que es el cumplido comun, hago lo que á todos impone la establecida y justa atencion del mundo; pero no me contento con eso, y paso á desear á usía ilustrísima toda felicidad en su desempeño, por su persona y por bien de la monarquía. Por ambas razones se le hará creible á usía ilustrísima: por la primera, á causa de habernos tratado recíprocamente sin interrupcion y sin objeto de fines particulares; por la segunda, pues sabe usía ilustrísima mi ciego amor á la patria, mi pasion por la gloria y estabilidad de la monarquía, y mi modo de servir al Rey, desprendido de todo impulso de interes ó miras personales. Sea usía ilustrísima tan dichoso como yo se lo deseo. *Majora te vocant*, y el talento de usía ilustrísima tiene ensanches para todo. Sea buen español, que así será buen servidor del Rey, y las historias le harán justicia, inmortalizándole. Un buen corazon ofrezco á usía ilustrísima, que es todo mi caudal, y la seguridad de que ninguno obedecerá sus preceptos con voluntad más fina.»—No ménos cordialmente le respondió FLORIDABLANCA el 18 de Diciembre en esta forma: «De vuelta de Nápoles recibo la estimable de vuestra excelencia, cuyas expresiones agradezco en el alma, porque las creo sinceras. Siempre hemos tenido una especie de genio recíproco, á pesar del *petegolismo* (pase la voz italiana) de nuestros pasados encargos. He recibido la noticia de mi promocion con afliccion de ánimo, por la desproporcion de mis fuerzas con el peso de los grandes objetos á que la Providencia y la bondad del Rey me han querido destinar. Del celo y de la actividad no dude vuestra excelencia, como ni del amor á mi patria y á la gloria del Rey y de la nacion; pero *minimus inter omnes*, ¿qué podré hacer para arribar al colmo de mis buenos deseos! En fin, yo me conformo, pues que así lo quiere el amo, y voy á partir, esperando en España los preceptos de vuestra excelencia.»—A los cinco dias de besar la mano de Carlos III, en el real sitio del Pardo, FLORIDABLANCA decia, el 24 de Febrero de 1777, á Aranda: «Cuasi acabo de llegar, y he comenzado desde luégo á ejercer el oficio. Dios quiera que vaya bien; pero para ello es preciso hacer el noviciado, en que estoy muy expuesto á muchos errores.»—Sobre igual tema, Aranda escribia, pocos meses despues, á FLORIDABLANCA: «Veo que vuestra excelencia trata los negocios con